

El desafío ético

Teresa Santos

PERIODISTA DE RNE, VICEPRESIDENTA DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MÁLAGA

Del desafío ético suele hablar uno de los nombres más destacados del periodismo español, el cronista de TVE, Vicente Romero.

Coincido plenamente con él. El gran desafío que tenemos los comunicadores en contra de lo que pueda parecer no es tecnológico.

Vicente Romero, un periodista que ha echado canas como enviado especial en los conflictos bélicos de las últimas décadas, que ha conocido Guantánamo, afirma que debemos ser capaces de cuestionar lo que se hace desde el poder, y cuando habla de poder se refiere a los gobiernos invisibles que gobiernan a los gobiernos, a las grandes corporaciones financieras interesadas en una opinión pública carente de criterio y envuelta en un consumo convulsivo.

Coincido con Vicente Romero en Málaga el 8 de julio, momentos antes de que, invitado a los cursos de verano por la Universidad Internacional de Andalucía, inicie su conferencia sobre «Terrorismo, Derechos Humanos e Información» y se ponga a analizar desde su conocimiento de la materia, cuál debe ser el papel de los periodistas y qué barreras impiden que la información fluya.

Cambiar impresiones con Vicente Romero es reencontrarse con el reportero más auténtico, ése que nos recuerda que lo de la objetividad informativa puede llegar a ser un buen argumento para ver los toros desde la barrera sin penetrar en profundidad en todo aquello que ocurre en nuestra sociedad y sobre lo que se debería reflexionar.

Cuando Vicente, hablando de Guantánamo y de las cárceles secretas, dice que periodistas e intelectuales tenemos la obligación de hacer que el público recupere la capacidad de reaccionar frente al horror y la capacidad de distinguir lo inaceptable, son muchas las cuestiones que me planteo.

¡Cuánta densidad informativa de superficie!



Todos somos un poco responsables de que al ciudadano de a pie lo que le interese sea que la farola de su casa ilumine su calle cuando anochece, o que se respete su intimidad y su propiedad para disfrutar de su pequeño



paraíso de confort. Pero son muchas las farolas, y muchas las calles, y muchas las oscuridades que tendemos sobre aquello que parece no interesar a nadie.

Hace tiempo que me pregunto ¿a quién le importa lo que le ocurre a un detenido cuando el sistema se le cae encima?, ¿a quién le importa la presunción de inocencia?, ¿si a la hora de actuar contra alguien el sistema judicial se equivoca, cómo se restablece el honor del afectado?

Hay algo en esta sociedad que da terror, y es su capacidad para no ver, para no mirar lo incómodo, para no preguntarse por otra cosa que no sea la farola que no luce, o cómo sube el precio de la cesta de la compra, todo ello mientras con entretenemos con el escándalo de turno que parece haber surgido para reforzarnos en el convencimiento de lo bueno que somos sólo por no ser iguales a los que han sido detenidos por corruptos.

Nueve de julio. Voy a una rueda de prensa. Se da a conocer en Málaga un convenio firmado entre la Consejería de Justicia y Administración Pública y la Confederación de Empresarios de Andalucía para ayudar a jóvenes que han cumplido o cumplen medi-

das judiciales a reinserirse laboralmente. Hablan los políticos y los líderes empresariales. Atrás, callado, al fondo de la sala veo al empresario que da trabajo mes a mes a seis jóvenes del Centro de Internamiento San Francisco de Asís de Torremolinos, jóvenes que no pueden salir a la calle y que en un pequeño taller instalado en el centro, están aprendiendo a fabricar muebles de madera, a responsabilizarse y que a cambio reciben una nómina y un salario.

«El trabajo ha cambiado mi vida», dice un chaval de 19 años que después de varias trastadas contra la sociedad ha encontrado la manera de sobrevivir en ella. También callados y escuchando, al otro lado de la sala, veo a algunos representantes de «Nueva Alternativa», un grupo de empresarios del polígono de El Viso que hace tiempo que vienen dando trabajo a jóvenes que en el pasado han tenido problemas con la justicia.

Ese es también un desafío ético. Frente a tanta distracción, a tanta tele basura, a tanto periodismo de espectáculo, el desafío es el de ser capaces de hacer llegar a la opinión pública que en nuestra sociedad hay referentes en los que fijarse, esos que ponen día a día su granito de arena para que las cosas mejoren. 